reses dominantes.

La familia patriarcal, primera institución social con la que se enfrenta el-a niño-a, no es, como se ha querido hacer creer, la depositaria de una serie de hechos y actitudes naturales, sino la organización surgida desde arriba, a través de la cual se transmite el mensaje adecuado de la ideología dominante, la que defiende la sociedad y el Estado. Por ello, el autoritarismo del Estado se reproduce en la configuración familiar: el padre que domina a la mujer y a los-as hijos-as. La separación de roles sexuales constituye el elemento primordial de la represión sexual que allí se aprende de esta forma; la máquina productora de la mano de obra necesaria para el sistema, entrega a las nuevas generaciones configuradas con los miedos, tabús, condicionamientos que el Estado necesita para conservar la estructura socioeconómica.

La influencia de la Iglesia en todo el aparato represor, con su situación de privilegio en nuestra sociedad, se materializa en su doctrina moral que sostiene a lo largo de los siglos la sexofobia de nuestra cultura.

La educación, primero escolar y luego a todos los niveles y por todos los medios, controlada y dirigida desde la base de una cultura judeocristianomachista, encamina a la persona a un papel social, encerrado en unos esquemas de los que es difícil salir.

De esta forma se ve claro el interés de los países capitalistas y dictatoriales en imponer un sistema educativo oficial y de la Iglesia por imponer una educación marcadamente religiosa.

Asimismo, el aparato represivo del Estado se refleja en sus leyes claramente. Son suficientemente conocidas las leyes represivas de la mujer, concernientes al adulterio, anticonceptivos, aborto, etc.

Otro pilar básico de la represión sexual ha sido y sigue siendo la medicina oficial, que arrastra todo el lastre de las campañas moralizantes de la edad media y del siglo pasado.

Como resumen, deducimos que toda persona está anulada totalmente en su sexualidad y manipulada en su humanidad por intereses económicos de las clases dominantes, que no se detienen ante nada para conseguir sus fines, y que es una responsabilidad de todos luchar por encontrar nuestra identidad; por conseguir una sociedad nueva en que la manipulación no sea posible y en la que todos seamos realmente nosotros mismos, con una sexualidad sin traumas y una libertad real para realizarnos personalmente.

Lucharemos por abolir las formas de concebir la familia, pareja, matrimonio, como núcleo reproductor, institucionalizado, célula de control y represión de las clases dominantes.

La consideración de la homosexualidad como un peligro social que es necesario "tratar", "reeducar" y que por lo tanto "se puede curar", sólo puede ser calificada como una aberración de los siglos de dominación de una moral cristiana represiva y oscurantista. La práctica de la homosexualidad ha sido una